

Lucy



Jamaica Kincaid

LUCY





EDITORES INDEPENDIENTES

ERA / LOM / TRILCE TXALAPARTA

www.editoresindependientes.com

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Octubre de 2009

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Jamaica Kincaid
© DE LA TRADUCCIÓN: M^ª Eugenia
Ciocchini

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAJARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL
NA-2629-09

ISBN
978-84-8136-551-1

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Nabarrerria.com

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarra S.L.
Carretera a Tafalla, km. 1
31132 Villatuerta - Navarra



ERA MI PRIMER DÍA. Había llegado la noche anterior, una noche oscura y fría –tal como correspondía a mediados de enero, aunque entonces yo no lo sabía– y no pude ver nada con claridad en el camino desde el aeropuerto, a pesar de que había luces por todas partes. Mientras viajábamos, alguien me señalaba un edificio famoso, una calle importante, un parque o un puente que se construyó con la idea de crear algo espectacular. Cuando soñaba despierta con aquellos lugares, los imaginaba como sitios felices, como botes salvavidas de mi pequeña alma que se ahogaba. Fantaseaba que entraba y salía de ellos y justamente eso –entrar y salir de allí una y otra vez– me ayudaba a escapar de una sensación desagradable que no podía definir. Sabía que era una especie de tristeza, pero mucho más intensa. Ahora que los tenía ante mí, parecían sitios corrientes, sucios, desgastados por la multitud de personas que entraban y salían de ellos en la vida real; y comprendí que no podía ser la única persona en el mundo que los visitaba reiteradamente en

sus fantasías. No era mi primer choque con la decepcionante realidad y tampoco sería el último. Llevaba ropa interior nueva, comprada para el viaje, y sentada en el coche, mientras me giraba hacia un lado y otro para apreciar mejor las vistas, recordé lo incómodas que pueden resultar las prendas nuevas.

Por primera vez en mi vida entré en un ascensor y pronto me encontré en un piso, sentada a la mesa, saboreando comida que acababan de sacar de una nevera. En el sitio del cual venía, siempre había vivido en una casa y nunca había tenido nevera. Todas aquellas experiencias –subir en ascensor, estar en un piso, comer comida del día anterior sacada de una nevera– eran tan agradables que supe que pronto me acostumbraría a ellas, aunque al principio me resultaba todo tan nuevo que sonreía con las comisuras de los labios hacia abajo. Aquella noche dormí profundamente, pero no porque estuviera cómoda y feliz, sino, por el contrario, porque no podía asimilar nada más.

La mañana de mi primer día, la que siguió a mi primera noche, era una mañana soleada. No era el brillante sol amarillo al que estaba acostumbrada, ese que hace que las cosas se ondulen en los bordes, casi asustadas, sino un sol amarillo pálido, como si se hubiera debilitado por el duro esfuerzo de brillar. A pesar de todo, era un día soleado y eso hacía que no echara tanto de menos mi país. Así, al ver el sol, me levanté y me puse un vestido de madrás, el mismo que habría usado si hubiera estado en casa y me preparara para pasar un día en el campo. Me equivoqué; era un día soleado, pero el aire era frío. Después de todo, estábamos a mediados de enero. Sin embargo, yo no sabía que aunque brillara el sol el aire podía estar frío; nadie me lo había dicho. ¡Qué

sensación tan extraña! ¿Cómo podría explicarla? Algo que siempre había sabido, como sabía que mi piel era del color marrón de un fruto seco pulido repetidamente con un paño suave, o como conocía mi propio nombre, algo que siempre había dado por sentado, «brilla el sol, el aire está caliente» no era verdad. Ya no estaba en una región tropical y esta certeza llegó a mi vida como un torrente de agua que surcaba lo que antes había sido tierra seca y firme, creando dos orillas: a un lado estaba mi pasado –tan familiar y predecible que ahora al pensar en él incluso mi infelicidad me hacía feliz–, y al otro mi futuro, un vacío gris, un encapotado paisaje marino asolado por la lluvia y sin barcos a la vista. Ya no estaba en una región tropical y sentía frío por dentro y por fuera. Era la primera vez que experimentaba aquella sensación.

En algunos libros que había leído, a veces, cuando el argumento así lo requería, alguien añoraba su hogar. Una persona abandonaba una situación no demasiado agradable y se iba a otro sitio, un sitio mucho mejor, pero luego deseaba volver. ¡Qué impaciencia solían despertar en mí aquellos personajes!, pues yo era consciente de que no estaba en una buena situación y deseaba con todas mis fuerzas irme a otro lugar. Sin embargo, ahora yo también deseaba volver al sitio de donde había venido. Lo comprendía, allí sabía a qué atenerme. Si entonces me hubieran pedido que expresara en un dibujo mi visión del futuro, habría pintado una gran mancha gris con un contorno negro, rodeado de un negro cada vez más oscuro.

Me sorprendían mis deseos de volver al sitio de donde venía, de dormir en una cama que me había que-

dado pequeña, de estar con gente cuyos gestos más nimios y naturales solían despertar en mí tal furia que ansiaba verlos muertos a mis pies. Había imaginado que con el simple acto de salir de mi país y mudarme a un sitio nuevo podía dejar atrás mis pensamientos y sentimientos tristes, mi descontento general con la vida tal como se presentaba ante mis ojos, como si se tratara de una prenda vieja que nunca volvería a usar. En el pasado la idea de encontrarme en mi situación actual habría sido un consuelo; pero ahora ni siquiera tenía aquella esperanza, de modo que me quedé echada en la cama y soñé que comía un bol de salmonete e higos verdes rehogados en leche de coca y cocinados por mi abuela; por eso me gustaba tanto aquel sabor: ella era la persona que yo más quería en el mundo, y esos eran los manjares que más me gustaban.

El cuarto donde me alojaron era pequeño y estaba junto a la cocina; era la habitación de servicio. Yo estaba acostumbrada a dormir en un sitio pequeño, pero este era distinto. El techo era muy alto y las paredes se alzaban hasta arriba como si la habitación fuera una caja, el tipo de caja donde se fletaba un cargamento para un país lejano. Pero yo no era un cargamento, sino una joven desdichada que vivía en la habitación de la criada y ni siquiera era criada. Era la chica que cuida a los niños y estudia por las noches. Sin embargo, ¡qué bien se portaban todos conmigo! Me decían que me considerara parte de la familia y que me sintiera como en mi propia casa. Sabía que eran sinceros, pues no es el tipo de cosa que uno le diría a un miembro de su propia familia. Después de todo, ¿no es la familia la que se convierte en la muela de molino en el cuello de la vida? El último día que pasé en casa, mi prima, una joven que

había conocido desde pequeña y una persona desagradable incluso antes de que sus padres la obligaran a convertirse a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, me dio su propia Biblia como regalo de despedida y pronunció un pequeño discurso sobre Dios, la bondad y las bendiciones. Ahora estaba frente a mí, sobre un tocador, y recordé que cuando éramos pequeñas nos asustábamos y torturábamos mutuamente leyendo en voz alta pasajes del Libro de las Revelaciones. Entonces me pregunté si llegaría el día en que la gente que había quedado atrás dejaría de aparecer ante mí de una forma u otra.

Sobre el tocador también había una pequeña radio y la encendí. En aquel momento se oyó una canción cuya letra parecía resumir mis sentimientos: «Ponte en mi lugar, aunque solo sea por un día, mira si puedes soportar este horrible vacío en el alma». Tararéé aquellas palabras para mí una y otra vez, como si fueran una canción de cuna, y me volví a dormir. Soñé que tenía entre las manos un viejo camisón de franela con dibujos de niños jugando con hermosos adornos para el árbol de Navidad. Las escenas del camisón eran tan reales que hasta podía oír las risas de los niños. Entonces sentía la imperiosa necesidad de saber de dónde venía aquel camisón y comenzaba a examinarlo de forma frenética, buscando la etiqueta. Por fin la encontraba en el sitio donde suelen estar todas las etiquetas, en la parte posterior, y decía: «Made in Australia». Me despertó la verdadera criada, una mujer que en cuanto me conoció me hizo saber que yo no le gustaba, según ella por mi forma de hablar. Yo tenía la impresión de que su antipatía se debía a otra cosa, pero no sabía a cuál. Cuando abrí los ojos, la palabra «Australia» se interpuso entre nuestras caras y recordé que Australia se había colonizado como

prisión para la gente mala, tan mala que no podía quedarse en las cárceles de sus propios países.

Mi vida pronto se encauzó en una rutina. Acompañaba a cuatro niñas al colegio y cuando regresaban al mediodía les daba de comer sopa de lata y bocadillos. Por las tardes les leía cuentos y jugaba con ellas. Cuando no estaban en casa estudiaba y por las noches iba al colegio. Me sentía desdichada. Miraba el mapa. Un océano me separaba del sitio de donde venía, ¿pero habría sido distinto si se hubiera tratado de una simple taza de agua? No podía volver.

Fuera siempre hacía frío y todo el mundo decía que era el invierno más frío que recordaban; pero por su forma de decirlo tenía la impresión de que decían lo mismo cada vez que llegaba el invierno. No podía culparlos por olvidar lo desagradable y hostil que había sido el invierno anterior. Los árboles, con sus ramas desnudas y quietas, parecían muertos, como si alguien acabara de dejarlos allí y pensara pasar a recogerlos más tarde. Todas las ventanas de las casas estaban herméticamente cerradas, de la forma en que suelen cerrarse las casas cuando van a estar desocupadas durante una larga temporada y la gente caminaba por las calles a toda prisa, como si estuvieran haciendo algo a espaldas de alguien y no quisieran llamar la atención o como si corrieran el riesgo de desintegrarse por permanecer demasiado tiempo en el frío. Cómo deseaba ver a alguien quieto en una esquina, alguien que intentara darme conversación o que se quejara para sí, en una voz lo bastante alta para que yo pudiera oírla, de un Dios que prodigaba amor y compasión tanto a los justos como a los injustos.

Escribí una carta a casa diciendo que todo era maravilloso y utilicé frases y palabras rimbombantes, como si estuviera viviendo la vida de una tarjeta de felicitación, una de esas que tienen lazos de raso, corazones y rosas en relieve, y que se supone que serán tan valiosas para el destinatario que los fabricantes las protegen con una funda de celofán. Todos los que recibieron noticias mías, contestaron diciendo que se alegraban de que me fuera tan bien, que me echaban mucho de menos y que estaban ansiosos por verme de vuelta allí.

Un día, la criada que me había dicho que no le gustaba por mi forma de hablar dijo que estaba convencida de que yo no sabía bailar. Afirmó que hablaba y caminaba como una monja y que mi aspecto era tan piadoso que le producía náuseas y pena a la vez. Luego, tal vez para demostrar ese último sentimiento, añadió que deberíamos bailar, aunque estaba segura de que yo no sabría hacerlo. En mi habitación había un pequeño tocadiscos portátil, de esos que cuando están cerrados parecen un neceser de señora, y ella puso un disco que había comprado ese mismo día. Era una canción muy popular en aquella época: tres chicas de mi edad cantando en armonía, de una forma artificial y poco sincera, sobre el amor y cosas por el estilo. Sin embargo la canción era hermosa, sobre todo por lo poco sincera y artificial. La criada disfrutaba de la canción, cantaba a voz en cuello y era una magnífica bailarina; su forma de moverse era sorprendente. Yo no pude seguirla y le expliqué por qué: la música de la canción era demasiado trivial y la letra no tenía ningún significado para mí. Por la expresión de su cara descubrí que en realidad solo despertaba un senti-

miento en ella: náuseas. Entonces le dije que yo también conocía canciones y me puse a cantar una balada sobre una chica que se escapó de Puerto España, Trinidad, le fue muy bien y nunca se arrepintió de haberse ido.

La familia estaba compuesta por el marido, la mujer y cuatro hijas. La esposa y el esposo se parecían entre sí y las cuatro niñas se parecían a ambos. En las fotografías familiares que había en todos los rincones de la casa, sus seis cabezas rubias de distintos tamaños aparecían muy juntas, como si fueran un ramo de flores y estuvieran atadas entre sí por un hilo invisible. Sonreían al mundo, dando la impresión de que lo encontraban abrumadoramente hermoso. Las sonrisas no eran falsas. De todos los sitios que habían visitado, y parecían haber viajado por todo el mundo, habían traído un pequeño recuerdo y todos ellos podían recitar su historia desde el principio. Incluso cuando caía una pequeña llovizna, admiraban la forma en que el agua veteaba el aire limpio.

A la hora de cenar, cuando nos sentábamos a la mesa sin dar las gracias a Dios (era un alivio que creyeran en un Dios al que no había que agradecerle algo a cada paso) se decían cosas bonitas los unos a los otros. Las niñas parecían muy felices; dejaban caer la comida del plato, no comían nada o hacían rimas sobre los alimentos que acababan con las palabras «huele mal». ¡Cómo me hacían reír! Me preguntaba qué tipo de padres había tenido yo que solo por pensar aquellas palabras en su presencia habría recibido una severa regañina. Entonces me hice el firme propósito de que, si alguna vez tenía hijos, las primeras palabras que saldrían de sus bocas serían palabrotas.

Una noche cuando estábamos cenando, pocos días después de mi llegada, comenzaron a llamarme la «invitada». Dijeron que no parecía formar parte de la casa, como si no viviera con ellos, como si no fueran una familia para mí, como si estuviera de paso y solo dijera un largo «hola» que pronto acabaría con un breve «adiós, hasta pronto, lo he pasado muy bien». Pues, ¡vaya forma de mirarlos comer!, decía Lewis. ¿Acaso nunca había vista a nadie llevarse una cucharada de judías verdes a la boca? Aquel comentario hizo reír a Mariah, aunque prácticamente cualquier cosa que dijera Lewis hacía reír a Mariah. Yo, sin embargo, no reí y Lewis me miró con preocupación.

—Pobre invitada –dijo–, pobre, pobre invitada.

Lo repitió una y otra vez, con tono compasivo y luego me contó una historia sobre un tío suyo que se había ido a Canadá a criar monos. Después de un tiempo de vivir rodeado de monos, el tío les había tomado tanto cariño y se había acostumbrado tanto a ellos que le resultaba difícil entenderse con los seres humanos. Ya me había contado aquella historia antes, y mientras lo hacía esta vez, yo recordaba un sueño que había tenido: Lewis me perseguía por toda la casa y yo estaba desnuda. El suelo era amarillo, como si lo hubieran pavimentado con harina de maíz. Lewis me perseguía por todas partes pero, a pesar de que llegaba muy cerca, nunca lograba alcanzarme. Mariah estaba al otro lado de una ventana abierta y decía: «Cógela, Lewis, cógela». Por fin me caía en un pozo en cuyo fondo había serpientes azules y plateadas.

Cuando Lewis terminó de contarme su historia, yo le relaté mi sueño. Los dos se quedaron mudos. Luego me miraron y Mariah carraspeó, aunque era obvio por su

forma de hacerlo que no lo necesitaba en absoluto. Sus dos cabezas amarillas se volvieron la una hacia la otra y luego se movieron de arriba a abajo al mismo tiempo. Lewis dejó escapar una risita y luego dijo:

—Pobre invitada, pobre, pobre invitada.

—El doctor Freud de invitado —añadió Mariah.

Me pregunté qué habría querido decir, pues no sabía quién era el doctor Freud. Luego rieron suave y amablemente. Yo les había contado mi sueño para hacerles ver que solo la gente muy importante para mí aparece en ellos, pero no sé si lo entendieron.

MARIAH

UNA MAÑANA DE PRINCIPIOS DE MARZO, Mariah me dijo:

—Nunca has visto la primavera, ¿verdad?

Y no tuvo que esperar la respuesta, porque ya la sabía. Pronunció la palabra «primavera», como si se tratara de una amiga íntima, una amiga que había estado ausente mucho tiempo y con quien pronto protagonizaría un apasionado reencuentro.

—¿Has vista alguna vez los narcisos intentando abrirse paso y asomándose sobre la tierra? Cuando están en flor, apiñados, sopla el viento y los obliga a hacer una reverencia al césped que se extiende a sus pies. ¿Has visto alguna vez algo así? Cuando yo lo veo, ¡me siento tan feliz de estar viva!

Y yo pensé: «De modo que Mariah se siente feliz porque unas flores se doblan al viento. ¿Cómo puede alguien llegar a ser así?».

Recordé un antiguo poema que me habían obligado a memorizar cuando era alumna de la Escuela Femenina Reina Victoria. Me habían hecho aprenderlo, verso a

verso, para recitarlo ante un público de padres, profesores y compañeros. Cuando acabé, todo el mundo se puso de pie y aplaudió con un entusiasmo que me sorprendió. Más tarde me felicitaron por lo bien que había pronunciado cada palabra, por cómo había puesto el énfasis preciso en los sitios donde correspondía y me aseguraron que si el poeta, muerto desde hacía tiempo, hubiera podido oírme, se habría sentido muy orgulloso. Entonces yo me encontraba en el apogeo de mi duplicidad: o sea, por fuera parecía una cosa y en el fondo era otra; por fuera, falsa; por dentro, verdadera. De modo que hice pequeñas exclamaciones de agrado que demostraban al mismo tiempo modestia y aprecio; pero por dentro juré borrar de mi mente cada verso, cada palabra de aquel poema. La noche después de recitarlo, soñé una y otra vez que los narcisos que había prometido olvidar me perseguían por una estrecha calle adoquinada y que cuando por fin caía, agotada, se amontonaban sobre mí hasta que quedaba enterrada debajo de ellos y nadie volvía a verme nunca más. Yo había logrado olvidar aquel incidente hasta que Mariah volvió a mencionar los narcisos. Entonces se lo conté con una furia que nos sorprendió a las dos. Estábamos de pie bastante cerca, pero en cuanto terminé de hablar, sin un segundo de vacilación, ambas retrocedimos. Fue apenas un paso atrás, pero yo sentí como si acabara de comprobar algo de lo que no había sido consciente hasta ese momento.

—Vaya historia que tienes —dijo Mariah mientras extendía la mano para acariciarme la mejilla.

—Se la regalo, si la quiere —dije yo, creyendo notar cierto deje de envidia en su voz.

A partir de aquel día, Mariah comenzó a decir «En cuanto llegue la primavera...» y la frase seguía con tan-

tos planes que yo no podía creer que todo eso fuera a suceder en una sola y pequeña primavera. Dijo que nos marcharíamos de la ciudad e iríamos a uno de los Grandes Lagos, a la casa donde ella solía veranear cuando era pequeña. Visitaríamos algunos jardines fantásticos y el zoo, algo muy bonito para hacer en primavera, y las niñas estarían encantadas. Haríamos una excursión al parque en cuanto llegara el primer día de calor imprevisto. Estaba ansiosa porque la acompañara a dar un paseo al atardecer para mostrarme la magia de un cielo de primavera. Sin embargo, el mismo día en que debía llegar la primavera, hubo una gran nevada y cayó más nieve en ese día que en el resto del invierno. Mariah me miró y se encogió de hombros.

—¡Típico! —dijo con la expresión de alguien que acaba de sufrir una traición personal.

Yo me reí de ella, pero en el fondo me preguntaba: «¿Cómo se puede ser desdichado porque el tiempo ha cambiado de opinión, porque el tiempo no ha cumplido nuestras expectativas? ¿Cómo se llega a ser de esa manera?».

Mientras el tiempo acababa de decidirse por diversos grados de frío, yo iba de un sitio a otro con cartas de mi familia y mis amigos arañando mis pechos. Guardaba las cartas en el sujetador y las llevaba a todas partes conmigo, pero no como símbolo de amor y añoranza, sino todo lo contrario, por un sentimiento de odio. No era tan extraño, ¿acaso no hay un paso del amor al odio? Cada una de aquellas cartas eran de una persona a la que había amado sin reservas en algún momento de mi vida. Poco tiempo antes, por simple cortesía, yo le había escri-

to una carta muy bonita a mi madre hablándole de mi primer viaje en metro. Ella me contestó y, después de leer su carta, me entró miedo hasta de asomar la cabeza por la puerta. La carta estaba llena de detalles sobre cosas horribles y perversas que según ella habían tenido lugar en aquellos mismos trenes de metro donde yo viajaba. Pocos días antes –me escribía–, había leído una noticia sobre una joven inmigrante, de mi misma edad, a quien habían degollado mientras viajaba, quizás en el mismo tren que yo.

Pero, por supuesto, yo ya sabía lo que era el miedo real. Había conocido a una niña, una compañera de colegio, cuyo padre tenía tratos con el diablo. En una ocasión, por simple curiosidad, la niña había entrado en la habitación donde trabajaba su padre, había mirado cosas que no debía y el demonio la había poseído. La niña enfermó, y cuando mis compañeras y yo salíamos del colegio, nos deteníamos frente a su casa y oíamos sus gritos mientras aquello que la poseía la azotaba. Al final, tuvo que cruzar el mar, donde el demonio no podía seguirle porque es incapaz de caminar sobre el agua. Mientras los bordes de las cartas me arañaban la piel encima del corazón, yo pensaba en aquella experiencia. Pensaba que por un lado había una chica golpeada por un ser a quien no podía ver y por el otro una chica degollada por un hombre a quien tampoco podía ver. En este enorme mundo, ¿por qué mi vida debía verse reducida a cualquiera de aquellas dos posibilidades?

La nieve caía en espesos y pesados copos que colgaban de los árboles como adornos encargados para una ocasión especial, una celebración de la que nadie había oído hablar, pues todo el mundo se quejaba. Durante todos los meses en que había vivido en ese lugar, las tor-

mentas de nieve habían ido y venido sin que yo les prestara atención, excepto para pensar que la nieve era un estorbo cuando tenía que cruzar las montañas que se formaban en la acera. Todas las Nochebuenas, mis padres solían ir al cine a ver una película en que Bing Crosby cantaba a voz en cuello enterrado en la nieve hasta la cintura. Mi madre una vez me contó que en una de sus primeras citas con mi padre habían ido a ver esa misma película, y cuando me lo dijo, yo sentí que ya ni siquiera me gustaba su forma de hablar.

—Debe de haber sido una experiencia casi mística —le dije sin intentar disimular el tono de burla.

Luego me fui de allí deprisa, porque, aunque no había podido contenerme, mi corazón de trece años no podía soportar verle la cara cuando le causaba dolor.

Sin embargo, hasta yo sentía algo especial al ver caer la nieve. Tenía cierta belleza; no la clase de belleza que uno desearía para todos los días de su vida, sino aquello que uno puede apreciar solo cuando vive rodeado por un exceso de cosas hermosas. Los días eran más largos, el sol se ponía más tarde, el cielo del atardecer parecía más bajo de lo normal y la nieve tenía el color y la textura de una clara de huevo a medio cocer, haciendo que el mundo pareciera suave, maravilloso e —inesperadamente para mí— nutritivo. Que el mundo pudiera ser suave, maravilloso y nutritivo era más de lo que yo podía soportar, de modo que me detuve allí y sollocé, pues no quería amar ninguna cosa más en mi vida, no quería que existiera algo capaz de romper mi corazón en millones de fragmentos a mis pies. Pero el sentimiento estaba allí y yo no podía hacer nada para evitarlo, pues en el fondo sabía que era demasiado joven para

sentir verdadera amargura, verdadero arrepentimiento, verdadera insensibilidad.

Las tormentas de nieve comenzaban y terminaban más deprisa de lo habitual. Mariah decía que la forma en que la nieve desaparecía, como si un ser hambriento e invisible se la tragara, era bastante normal para aquella época del año. Todo lo que había parecido rígido durante el frío invierno –aceras, edificios, árboles, la misma gente– daba la impresión de ablandarse y volverse flácido. Ahora podía ver el invierno como si fuera historia. Era, por así decirlo, mi primer pasado verdadero; un pasado propio sobre el cual tenía la última palabra. Acababa de vivir una temporada triste y fría, y no me refiero al tiempo. Había sobrevivido al invierno, y aunque el clima cambiaba del frío al calor, yo no me dejaba arrastrar por él. Algo se instaló en mi interior, algo pesado y duro, algo inmóvil, y no había un solo pensamiento que lo hiciera desaparecer. Pensé: «Así que esto es la vida, este debe de ser el comienzo de esa época a la que más tarde la gente se refiere como “hace años, cuando era joven”».

Mi madre tenía cierta amistad con una mujer... una amistad de la que no se jactaba, pues aquella mujer había estado en la cárcel. Se llamaba Sylvie y tenía una cicatriz en la mejilla derecha producida por un mordisco humano. Era como si su mejilla fuera una fruta a la que alguien hubiera hincado los dientes, dispuesto a comérsela, pero luego se hubiera arrepentido al darse cuenta de que no estaba madura del todo. Sylvie se había enfrentado en una gran pelea con otra mujer, para decidir quién viviría con el hombre que ambas amaban. Por lo visto Sylvie dijo algo imperdonable, la otra mujer se enfureció y la abrazó, no en un abrazo de amor sino

de odio, dejando a Sylvie con la mejilla marcada. Ambas mujeres fueron enviadas a prisión por escándalo público, y su paso por la cárcel era una circunstancia que nadie les permitiría olvidar mientras vivieran. Por esa razón a mí no se me permitía hablar con Sylvie, ella no podía visitarnos cuando mi padre estaba en casa y su amistad con mi madre era un secreto. Yo solía observar a Sylvie y notaba que cada vez que dejaba de hablar, incluso en las conversaciones más breves, se llevaba la mano a la cara y acariciaba su pequeña rosa (antes de conocer la verdad, yo creía que aquella señal era una rosa que se había hecho tallar a propósito, porque amaba tanto la belleza de las rosas que quería lucir una en la cara). Era como si la cicatriz de su cara la uniera a algo mucho más profundo que su realidad, algo que no podía expresar en palabras. Un día, cuando mi madre no estaba presente, Sylvie admiró la forma en que mis ensortijados tirabuzones caían a ambos lados de mi cuello y luego dijo algo que no alcancé a oír, que comenzó con: «Hace muchos años, cuando yo era joven...». Entonces se pellizcó la mejilla de la cicatriz con los dedos y la retorció de tal modo que pensé que iba a caerse como una ciruela oscura, púrpura, en su palma rosada, y su voz se volvió triste e intensa, a pesar de que mientras hablaba no dejaba de reírse. Así fue como empecé a pensar que los comienzos de la vida, de la vida real, eran tristes y duros; y aunque tal vez nunca llegaría a tener una señal en la mejilla, no me cabía duda de que algún día la tendría en algún sitio.

Una mañana estaba de pie frente al fregadero de la cocina, con mis pensamientos centrados en mí misma, como es natural, cuando entró Mariah, bailando mien-

tras cantaba una canción que había sido popular cuando su madre era joven. Era una canción que obviamente había despreciado en su juventud y por eso la cantaba con exagerada emoción, como para demostrar que seguía pareciéndole ridícula. Dio unas cuantas vueltas impetuosas por la cocina y se detuvo de forma súbita sin tropezarse con nada, a pesar de que había un montón de cosas en su camino.

—Siempre quise tener cuatro hijos, cuatro niñas. Adoro a mis hijas —dijo con claridad y franqueza, sin dudas, pero también sin jactancia. Mariah estaba más allá de las dudas o la jactancia. Pensé: «Las cosas siempre le deben de haber salido como quería, no solo a ella, sino a todas las personas que ha conocido en su vida; nunca ha tenido dudas, por lo tanto nunca ha necesitado jactarse de nada; siempre le ocurre lo apropiado, siempre le ocurre lo que quiere»—. Te quiero —añadió y otra vez lo dijo con claridad y franqueza, sin dudas ni jactancia.

Yo le creí, pues si alguien podía llegar a querer a una chica que había venido desde el otro extremo del mundo para ayudarle a cuidar a sus hijas, esa era Mariah. Se la veía tan hermosa, allí, en medio de la cocina. La luz amarilla del sol se filtraba por la ventana y caía sobre las baldosas de linóleo amarillo claro del suelo y sobre las paredes de la cocina, que estaban pintadas de otro tono de amarillo. Mariah, con su piel amarillo pálido y su pelo amarillo, bajo aquella luz casi celestial, parecía una imagen bendita, inmaculada, sin mancha o cicatriz de ningún tipo en la mejilla ni en ningún otro sitio, como si nunca hubiera peleado con nadie por un hombre ni por ninguna otra cosa y jamás fuera a necesitar luchar por nada en absoluto, como si nunca hubiera hecho nada malo ni hubiera estado en la cárcel, como si jamás hubie-

ra tenido que dejar a nadie por otra razón que el dictado de sus propios sentimientos. Aquella mañana se había lavado el pelo y desde donde yo estaba podía oler el perfume de su champú. Sin embargo, debajo de aquel aroma, podía percibir el olor de la propia Mariah. Era un olor agradable; solo eso, agradable, y pensé: «Ese es el problema con Mariah, que tiene un olor agradable». Entonces supe que yo quería tener un olor potente y que no me importaría que a los demás les molestara.

El día en que se hizo evidente que no habría marcha atrás en el clima, que el invierno había pasado y que su regreso era un hecho muy improbable, Mariah dijo que debíamos prepararnos para pasar una temporada en la casa que tenía a orillas de uno de los Grandes Lagos. Lewis no nos acompañaría, sino que se quedaría en la ciudad y aprovecharía nuestra ausencia para hacer cosas que ni a ella ni a las niñas les gustaba hacer. Yo no podía imaginar a qué cosas se refería. Mariah dijo que tomaríamos un tren, pues quería que viviera la experiencia de pasar la noche viajando y luego desayunar mientras avanzábamos a través de campos recién arados. Hizo tantos preparativos... Yo no imaginaba que dejar la casa por un tiempo tan corto pudiera llegar a ser tan complicado.

Como aquella tarde las niñas, mi responsabilidad, no volverían del colegio hasta las tres, Mariah me llevó a un jardín, que describió como uno de sus lugares favoritos en el mundo. Me tapó los ojos con un pañuelo, me cogió de la mano y me condujo hacia un claro. Luego me quitó el pañuelo y dijo:

—Ahora mira.

Yo miré. Estábamos en una zona llena de árboles altos, con gruesos troncos, que crecían a lo largo de senderos serpenteantes. En los caminos, bajo los árboles, había muchas, muchísimas flores amarillas del tamaño y la forma de tazas de té de juguete o faldas de hadas. Parecían simultáneamente prendas de vestir y productos comestibles; tenían un aspecto hermoso, simple, como si hubieran sido creadas para borrar de la existencia una idea complicada e innecesaria. Yo no sabía qué tipo de flores eran, así que mi súbito deseo de destruirlas era un misterio incluso para mí. En efecto, deseaba destruirlas. Ansiaba tener una enorme guadaña, avanzar por el camino, arrastrándola a mi lado, y cortar las flores al ras del suelo.

—Son narcisos —dijo Mariah—. Lamento lo del poema y espero que a pesar de todo te parezcan hermosos.

Su voz sonaba tan alegre, tan musical... ¿Cómo podía explicarle los sentimientos que despertaban en mí aquellos narcisos? ¿Cómo podía explicarle que no importaba que fueran narcisos, que hubiera sentido lo mismo ante cualquier otro tipo de flores? ¿Por dónde empezar?, ¿aquí o allí? En cualquier sitio habría sido lo mismo; pero mi corazón y mis pensamientos estaban desbocados, así que cada vez que intentaba hablar, tartamudeaba y me mordía la lengua accidentalmente.

Mariah, que confundió mis sentimientos con la emoción de ver los narcisos por primera vez, intentó abrazarme, pero yo me aparte, y al hacerlo, recuperé la voz.

—Mariah —dije—, ¿se da cuenta de que a los diez años tuve que aprender de memoria un poema sobre unas flores que no vería en la vida real hasta cumplir diecinueve?

En cuanto pronuncié aquellas palabras, sentí pena por haber colocado a sus amados narcisos bajo una perspectiva que ella nunca había considerado, una perspectiva de conquistadores y conquistados, una perspectiva de brutos que se hacían pasar por ángeles y ángeles retratados como brutos. Esa mujer apenas me conocía, pero me amaba, y pretendía que yo amara aquello –un bosquecillo repleto de narcisos en flor– que ella también amaba. Los ojos se le hundieron de nuevo en la cara, como si intentaran protegerse a sí mismos o se tomaran un descanso después de una tarea agotadora e inesperada. No era culpa de ella ni mía; pero nada podía cambiar el hecho de que allí donde ella veía flores hermosas, yo solo veía pena y amargura. Las mismas cosas podían provocar nuestras lágrimas; pero esas lagrimas no tendrían nunca el mismo sabor. Caminamos hacia la casa en silencio. Me alegraba de haber visto por fin qué aspecto tenían los malditos narcisos.

Cuando llegó el día de marcharnos hacia la casa del Gran Lago, yo estaba segura de que no quería ir, pero a media mañana recibí una carta de mi madre poniéndome al día sobre cosas que pensaba que echaría de menos y de las que creía que me gustaría saber algo.

«Aún no ha llovido desde que te fuiste», escribía. «¡Qué fascinante!», me dije a mí misma con amargura. En todo el año anterior a mi partida, no había llovido ni una sola vez, pero eso había dejado de interesarme. Ahora el objetivo de mi vida era poner la mayor distancia posible entre mí misma y los hechos mencionados en esa carta. Sentía que si podía alejarme los kilómetros necesarios del lugar de donde venía aquella carta, si

podía poner suficientes sucesos entre mi persona y los sucesos mencionados en la carta, sería capaz de tomar las cosas como vinieran y no ver cientos de años en cada gesto, en cada palabra hablada, en cada rostro.

En el tren nos acomodamos con las niñas en nuestros compartimientos, dos niñas con Mariah y dos conmigo. En una de las pocas películas que había visto hasta entonces en mi vida, la gente hacía justamente aquello: acomodarse en sus compartimientos. Supongo que debí haberme emocionado por hacer algo que no había hecho nunca antes y que sólo había visto en el cine; pero casi todo lo que hacía entonces era nuevo y lo nuevo ya no me entusiasmaba a no ser que me hiciera recordar el pasado. Fuimos a cenar al vagón-restaurante. Nosotras nos sentamos en una mesa y las niñas solas en otra. Ellas lo habían querido así y habían prometido que se portarían bien; aunque todos sabíamos que siempre lo hacían. Las demás personas sentadas en el comedor parecían parientes de Mariah, mientras que las que servían las mesas eran iguales a mis parientes. Los que parecían parientes míos eran todos hombres mayores y tenían un aspecto digno, como si acabaran de salir de la misa dominical. Sin embargo, mirándolos mejor, no eran como mis parientes, solo se parecían a ellos, pues mis parientes siempre replicaban. Mariah no parecía haber notado lo que tenía en común con los demás comensales, ni lo que yo tenía en común con los camareros. Actuaba en la forma habitual, presuponiendo que el mundo era redondo y que todos estábamos de acuerdo en eso, cuando en realidad yo sabía que el mundo era plano y que si me acercaba demasiado al borde me caería.

La noche en el tren fue aterradora. Cada vez que intentaba dormirme, justo cuando parecía que lo había

logrado, me despertaba convencida de que me perseguían miles de personas montadas a caballo, con machetes en las manos, dispuestas a cortarme en trozos. Por supuesto, yo era consciente de que aquella pesadilla estaba inspirada en el ruido de las ruedas del tren sobre los raíles, pero la explicación racional de lo que ocurría no cambiaba las cosas. Por la mañana temprano, Mariah dejó su compartimiento y vino a decirme que estábamos pasando por uno de esos campos recién arados que tanto le gustaban. Alzó la cortina y cuando vi kilómetro tras kilómetro de tierra removida, dije con tono cruel:

—Bueno, gracias a Dios que no he tenido que hacerlo yo.

No sé si ella habrá alcanzado a comprender el sentido de mis palabras, porque en aquella única frase quise decir muchas cosas diferentes.

Cuando llegamos a nuestro destino, nos esperaba un hombre que Mariah había conocido toda su vida, un sueco que siempre había trabajado para su familia. Su nombre era Gus y Mariah hablaba de él como de una propiedad entrañable, como de un recuerdo. Por supuesto, él era parte de su pasado, de su niñez. Había estado presente cuando ella dio sus primeros pasos y ella había pescado su primer pez en un bote junto a él; les había pillado una tormenta en medio del lago y había sido un milagro que sobrevivieran, etcétera, etcétera. Sin embargo, él era una persona real, y pensé que Mariah debería haber separado al hombre llamado Gus que estaba frente a ella en el presente, de todas las cosas que había significado para ella en el pasado. Sentía deseos de decirle: «¿No odia la forma en que ella pronuncia su nombre,

como si usted le perteneciera?». Pero luego medité sobre ello y comprendí que una persona que viene de Suecia es alguien completamente distinto a mí.

Atravesamos kilómetros y kilómetros de campo, kilómetros y kilómetros de la nada. Me alegraba de no vivir en un sitio como aquel. La tierra no decía: «Bienvenidos, es un placer recibirlos», sino más bien: «Os desafío a que os quedéis aquí». Por fin llegamos a un pequeño pueblo. Mientras recorríamos sus calles, Mariah se emocionó; su voz se volvió ronca, como si solo ella necesitara oír lo que decía. A medida que las cosas se cruzaban ante su vista, reaccionaba con exclamaciones de alegría o tristeza. En los seis meses transcurridos desde su última visita, algunas cosas habían cambiado, había otras nuevas y otras más habían desaparecido para siempre. A su paso por la ciudad, parecía olvidar que era la esposa de Lewis y la madre de cuatro hijas. Cuando dejamos atrás el pequeño pueblo, un silencio cayó sobre todos nosotros y me invadió una extraña sensación de tristeza. Sentía pena por Mariah; sabía lo que había experimentado al ver pasar el pasado rápidamente ante sus ojos. Es algo horrible, como si de repente alguien tirara de la tierra que uno pisa y debajo no hubiera nada, solo un agujero en el que uno no termina de caer nunca.

Enseguida me di cuenta de que la casa en que había crecido Mariah era hermosa. Era grande, amplia, como si le hubieran agregado habitaciones a medida que las iban necesitando, aunque siempre en el mismo estilo. La construcción estaba inspirada en la casa de campo donde había crecido el abuelo de Mariah, en algún lugar de Escandinavia. Tenía una bonita galería en la parte delantera, un lugar perfecto para ver caer la lluvia. Toda la casa estaba pintada de un apacible color amarillo con

detalles en blanco, que desde lejos la hacían parecer cálida y acogedora. Desde mi habitación podía ver el lago. Yo había leído sobre los orígenes y la historia de aquel lago en libros de geografía y ahora me resultaba extraño tenerlo tan cerca. Parecía vulgar, gris, sucio y hostil; un lago incapaz de inspirar una canción. Mariah entró en la habitación, y al verme mirando el agua me rodeó con sus brazos y dijo:

—¿No es maravilloso?

Pero yo no pensaba lo mismo.

Dormí tranquila, sin que me molestara ninguna angustiada pesadilla; como si el mero hecho de saber que había agua junto a mi ventana, aunque no se tratara del enorme océano azul al que estaba acostumbrada, me hubiera tranquilizado.

Mariah pretendía que todos, tanto las niñas como yo, viéramos las cosas del mismo modo que ella. Quería que disfrutáramos de la casa con todos sus rincones y sus grietas, con sus olores dulzones y sus encantos, tal como ella había hecho cuando era pequeña. Las niñas aceptaban complacidas ver las cosas a su manera; tendrían que haber sido cuatro pequeñas versiones de sí misma para no besar el suelo que ella pisaba. Pero yo ya tenía una madre que me amaba y había llegado a sentir ese amor como una carga, había contemplado con horror la expresión satisfecha de mi madre cuando alguien hablaba del gran aprecio que me prodigaba. Yo había llegado a sentir que el amor de mi madre estaba destinado exclusivamente a convertirme en un eco de sí misma; y aunque no sabía por qué, prefería estar muerta antes de convertirme en el eco de alguien. No era una simple metáfora. Aquellas reflexiones habrían sido una verdadera sorpresa para mi madre, pues a lo largo de su vida

se había convencido de que su forma de ser era la mejor y no hubiera podido creer que alguien que había engendrado en su propio vientre quisiera ser distinta a ella. Yo misma no tenía una explicación para aquello, pero así era. Gracias a pensamientos como aquel, ahora estaba sentada en la orilla de uno de los Grandes Lagos, con una mujer que quería enseñarme el mundo y que además esperaba que a mí me gustara.

A veces no hay escapatoria, pero a menudo el esfuerzo de intentar huir nos basta durante un tiempo.

Un día estaba sentada en la galería, enfrascada en estos pensamientos, cuando vi a Mariah subir por el sendero con seis peces grisáceos en la mano.

—¡Ta-chap! —exclamó—. ¡Truchas! —e hizo un amplio ademán con las manos, mientras alzaba los peces a la luz y los colores del arco iris se reflejaban en sus escamas—. «Os convertiré en pescadores de hombres» —cantó, y luego bailó a mi alrededor. Después se detuvo y dijo—: ¿No son preciosas? Gus y yo salimos en mi viejo bate y las cogimos. Mis peces. Esta es la cena. Vamos a alimentar a los subordinados.

Es probable que en realidad dijera «vamos a alimentar a millones».* No había duda de que lo había dicho en broma; pero mientras cocinábamos el pescado, yo pensaba en los «subordinados». Una palabra como aquella podía obsesionar a alguien como yo, pues el lugar de donde venía estaba bajo el dominio de otro país. Me obsesioné tanto con la palabra «dominio» que le conté a Mariah la siguiente historia: Cuando yo tenía

*.- La confusión proviene de la similitud en inglés de las palabras *minions* (subordinado, o persona que está bajo el dominio de otra) y *millions* (millones) (N. de la T.).

unos cinco años, oí por primera vez la anécdota en que Jesucristo alimenta a la multitud con siete hogazas de pan y unos pocos peces.

—¿Pero cómo sirvió los peces Jesucristo? —le pregunté a mi madre cuando terminó de leer—. ¿Guisados o fritos?

Mi madre me miró estupefacta y sacudió la cabeza. Luego le contó a todo el mundo lo que yo había dicho y la gente también sacudía la cabeza y decía: «¡Qué niña!». En realidad, no era una pregunta tan descabellada. En el lugar donde yo me crié, mucha gente se gana la vida pescando. A menudo, después de que un pescador vuelve del mar y distribuye los peces entre la gente que lo ha contratado, aparta algunos ejemplares, los limpia y los sazona, los cocina con la ayuda de su esposa en una hoguera junto a la orilla y los pone a la venta. Era agradable sentarse en la arena bajo un árbol, refugiándose del sol ardiente, y comer un pescado perfectamente frito disfrutando de la vista del maravilloso mar azul, el antiguo hogar del ser que uno estaba saboreando. Al preguntar sobre la forma en que Jesucristo había servido los peces con el pan, yo había pensado que la multitud no solo se alegraría de tener algo que comer, que no solo se maravillaría ante el milagro de que tan poca cosa se convirtiera en tanto, sino que también apreciaría la forma en que el pescado estaba cocinado. Sé que a mí me habría importado. En casa, todos preferíamos el pescado guisado. Es una pena que la gente que relató su vida junto a Cristo nunca mencionara ese pequeño detalle, un detalle que habría significado mucho para mí.

Cuando acabé de contarle aquello a Mariah, ella me miró y sus ojos azules (que me habrían parecido hermosos incluso si no hubiera leído miles de libros donde los

ojos azules siempre iban acompañados de la palabra «hermosos») se volvieron opacos mientras ella cerraba lentamente los párpados y luego brillantes mientras los abría más y más grandes.

Se hizo un silencio, un profundo silencio, aunque no demasiado denso ni negro. A través de él, podíamos oír el tintineo de los utensilios de cocina mientras cocinábamos el pescado con el método de Mariah –bajo las llamas del horno, de una forma que a mí no me gustaba– y los gritos de las niñas a lo lejos... gritos de dolor o de alegría, no podía asegurarlo.

Mariah y yo nos dimos las buenas noches de la forma usual, con un abrazo y un beso, pero esta vez ambas actuamos como si nos arrepintiéramos de haber adquirido esa costumbre. Cuando estaba casi fuera de la habitación, ella se volvió y dijo:

—Estaba ansiosa por decirte que tengo sangre india, que por eso soy tan buena pescando, cazando pájaros o asando maíz; pero ahora, no sé por qué, siento que no debería decírtelo. Tengo la impresión de que lo interpretarías mal.

Aquello realmente me sorprendió. ¿Cómo debería interpretarlo? ¿Mal?, ¿bien? ¿Qué querría decir? Cualquiera que la mirara no encontraría nada de india en ella. ¿Por qué decir algo así? Yo misma tengo sangre india. Mi abuela era una india caribeña y eso hace que yo sea india caribeña en un veinticinco por ciento; sin embargo, no voy por ahí diciendo que tengo sangre india. Los indios del Caribe eran buenos marineros, pero a mí no me gusta viajar por mar, solo me gusta mirarlo. Para mí, mi abuela es mi abuela, no una india. Mi abuela

está viva, los indios de los que desciende están todos muertos. Si alguien pudiera hacerlo, estoy segura de que pondrían a mi abuela en un museo como ejemplo de uno de los pocos supervivientes de una raza extinta. De hecho, uno de los museos donde Mariah me había llevado tenía una sección entera dedicada a gente, toda muerta, más o menos emparentada con mi abuela.

Mariah decía «yo tengo sangre india» como si en el fondo alardeara de un trofeo.

¿Cómo es posible ser un vencedor y al mismo tiempo poder afirmar que uno ha sido aniquilado?

—Bien —oí que decía Mariah, mientras dejaba escapar un largo suspiro lleno de tristeza, resignación, incluso terror.

Me miró con expresión de súplica, como si pidiera consuelo, y yo sostuve la mirada, con la cara y los ojos inmovibles; de ningún modo iba a darme por vencida.

—Todo este tiempo —dije—, he estado preguntándome cómo alguien como usted ha llegado a ser como es, cómo ha llegado a ser así.

Ella no pudo resistirse y se acercó, con los brazos abiertos, a darme uno de sus grandes abrazos; pero yo me aparté de su camino de prisa, y ella se quedó con las manos vacías.

—¿Cómo ha llegado a ser así?— repetí.

La angustia de su cara me rompió el corazón, pero no me dejaría conmovir. Mi triunfo era vano, lo sabía, pero de todos modos me aferré a él.